

SILVIA CLAVELL



LA CIUDAD DE LOS RECUERDOS 99:

UNA PRINCESA
REBELDE

En la segunda parte de la saga de La Ciudad de los Recuerdos, Samantha ha vuelto a Hazelland para descubrir que las cosas son incluso más complicadas de lo que pensó que serían; con la nación sumida en el caos y los Arrestos al acecho no hay tiempo para un entrenamiento convencional, y la joven tendrá que aprender a defenderse como toda una Protectora y a razonar y comportarse como un miembro de la realeza, todo antes de que el castillo deje de ser un lugar seguro. Con el peso de un país sobre sus hombros, la desaparición de su mejor amiga, las visitas de pretendientes no deseados y la salida a la luz de secretos ancestrales y leyendas antiguas, cualquiera pensaría que nuestra protagonista ha olvidado por completo a Matt y a su antigua vida, pero no es así. En medio de la ancestral batalla entre los partidarios del rey Areston y los del rey Leonardo ¿conseguirán estos dos jóvenes en bandos opuestos la oportunidad de volver a encontrarse, o sus destinos los separarán para siempre?

Emilio,

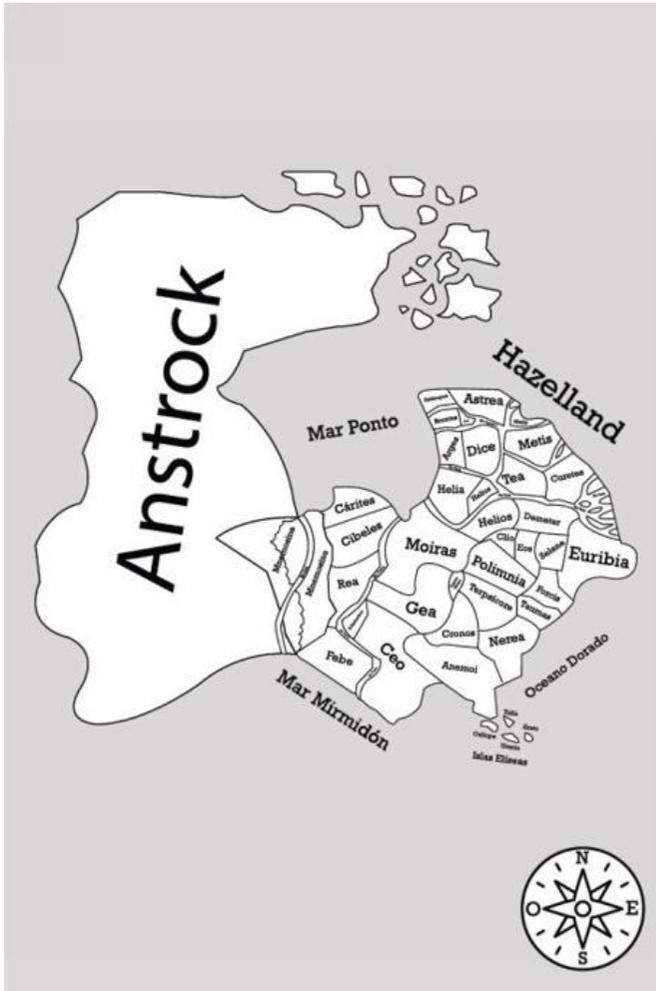
Espero, de verdad, que no te identifiques con el personaje que te ha robado el nombre (con todo y que su receta contiene unas cuantas cucharadas de tu personalidad). Así como mi protagonista, me alegro de que formes parte de mi vida.

Gracias por reparar mi gaveta, y mi aire acondicionado, por reacomodar mi cama cuando me empeciné en moverla para pintar el mural en la pared, por abrir mis tercicos potes de pintura al frío, y mis esmaltes de uñas, por matar las cucarachas que entran a mi cuarto a las 3am, y encontrar en internet esa película en danés que tanto quería ver, y llevarme a las clases y al gimnasio comer en Booyah así pagara yo y... Bueno, tú me entiendes. Espero publicar este libro rápido, porque cada vez que abro el documento le agrego más a la lista.

Con amor, tu ~~maravillosa, inteligente, sexy, divertida~~ hermana.

P. D.: Te debo tu camisa, Lord Tyrion. You indeed drink and know things.

*La princesa está triste... ¿Qué tendrá la princesa?
Los suspiros se escapan de su boca de fresa,
Que ha perdido la risa, que ha perdido el color.
La princesa está pálida en su silla de oro,
Está mudo el teclado de su clave sonoro,
Y en un vaso, olvidada, se desmaya una flor.
Sonatina. Rubén Darío*



Prólogo

Los recuerdos de un alma cansada:

Nueva York. Hace 6 meses.

Dicen que por mucho que lo intentemos, todos los seres humanos tenemos la tendencia crónica a mirar hacia atrás. Es parte de esa actitud patológica y ancestral que nos hace aferrarnos a lo que conocemos, parte de ese temor al porvenir. Es lo que queda de esos niños que una vez temieron a la oscuridad, y que se resguardan ahora en la lógica y la razón para justificar el pánico del que no han podido deshacerse desde que usaban pañales.

Todos miran hacia atrás antes de partir, y ella, aunque juró que nunca lo haría, no fue la excepción. Todo lo contrario: Últimamente, se había encontrado a sí misma con la vista más concentrada en sus recuerdos que en el presente. ¡Ella, entre todos los demás!

Aunque, a decir verdad, su pasado *se había* convertido en su futuro, y no lo decía solamente por el juego de palabras. Aquello que había tratado de dejar atrás por tantos años finalmente la había alcanzado, y de un tirón para nada placentero de su larga cabellera, la había arrastrado de vuelta al agujero del que solo con esfuerzo y fuerza de voluntad había logrado salir.

Ahora, se veía a sí misma en el mismo sitio en que había estado de adolescente, solo que con quince años más

encima, otro escenario en el que desenvolverse, y el peso de la maldita consciencia que había desarrollado sobre los hombros.

Y no podía hacerlo. No podía repetir sus acciones, por mucho que su vida dependiera de ello, por muy segura que estuviera que *él* no había mentido cuando dijo que la mataría. No podía confiar en Victoria otra vez; no podía decírselo a nadie, jamás le creerían. Estaba sola, y todo por culpa de *él*.

De nuevo.

La frustración hizo que se detuviera en su tarea, y las manos a cada lado de su cintura se apretaron en tensos puños, denotando cómo se encontraba al borde de perder el control. Ahora el odio irracional del chico le parecía más que comprensible: Era el mismo odio que ella sentía.

Pero no cometería el mismo error dos veces. Eso sí que no iba a consentírselo. No se acurrucaría en un rincón como una niña asustada otra vez. No más mentiras, no más oscuridad, no más disfraces que la escondieran. Haría lo que hace tiempo debió haber hecho, y que ocurriera lo que tuviera que ocurrir.

Tomó una larga bocanada de aire, la dejó salir lentamente, y trató de recordar todas las patrañas de ese mundo arcaico sobre exhalar la energía negativa y encontrar el equilibrio interno. Dudaba, sin embargo, que en su caso todo se arreglara con una clase de yoga.

Con una cínica sonrisa en el rostro, levantó los brazos otra vez, y se dedicó a la liberadora tarea de plantar su nueva escenografía. Como toda su vida, ese era otro acto más, otra farsa...

Pero una que la haría libre.

Terminó más pronto de lo que había creído, y una vez el apartamento de paredes de cristal, velas y retazos de seda quedó reducido a una montaña de escombros casi irreconocible, y las manchas rojas en las paredes se volvieron tan intensas que incluso ella, que conocía el verdade-

ro origen de estas, tuvo nauseas, se dijo que ya era momento de irse.

No podía llevar nada consigo, lamentablemente, o todo su trabajo habría sido un verdadero fiasco: ¿Qué clase de muerto hace maletas?

Iba a medio camino de la puerta, decidida, cuando ocurrió. Aquello que había temido desde el momento en que había comenzado, e incluso antes, cuando, casi una niña, se había iniciado en aquel teatro en el que se había convertido su vida.

Miró hacia atrás. Hacia aquella pared transparente que separaba su muerte del resto del mundo.

Y se vio a sí misma: Su piel morena, su largo cabello, sus ojos almendrados, que habían sobrevivido al tiempo, sus ropas de colores que ocultaban el luto que aún guardaba dentro de ella. Eso fue lo que vio primero, y lo que, de ser todo lo que hubiera visto, no hubiera significado problema alguno.

Pero ella siguió mirando, miró más allá del cristal, de la mujer reflejada, de la imagen que veía el resto del mundo.

Allí fue cuando se vio realmente. Vio el brillo extinto en su mirada, la insatisfacción escondida bajo las arrugas de su frente, la soledad en las comisuras de sus labios, el cansancio en las bolsas bajo sus ojos...

Vio desesperación. Y no quiso seguir mirando.

El aire a su alrededor se hizo demasiado espeso, como si un huracán se hubiera condensado en el centro de la habitación, apretándose en su pecho e impidiéndole respirar. De repente, aquella pared se hizo demasiado gruesa.

Levantó el brazo, y sin pensar realizó un último cambio en el escenario, uno que cambió ligeramente el ángulo de su boca.

Cuando la brisa fría del otro lado le golpeó el rostro, cerró los ojos, y sin dejar de sonreír, sin siquiera molestar-

se en ver los pedazos de cristal en el suelo producto de su propia mano, se dio la vuelta.

Para cuando a alguien se le ocurriera entrar, ya ella estaría muy lejos, más de lo que cualquier humano de ese siglo podría jamás imaginarse. Más de lo que cualquier persona se imaginaría nunca. Jamás la encontrarían, no hasta que *ella* quisiera ser encontrada.

Y perdiéndose entre la gente de aquella ciudad tan extraña y diferente a la suya, dijo un último adiós que, sin mirar atrás esta vez, ni detenerse en melancolías, cortó de golpe toda la historia que ya no valía la pena recordar. Un adiós a la ciudad que la había acogido brevemente, aunque nunca lo supiera, y sobre todas las cosas, un adiós a sí misma.

Adiós, Nueva York... Adiós, Elena.

Primera Parte

SIN SABER A DÓNDE VAMOS

*El coraje es el arte de ser el único que sabe
que estás muerto de miedo.*

Earl Wilson.

Capítulo I

El inevitable regreso:

Nueva York. Ahora.

Con la primavera vino la lluvia. Parecía caer perpetuamente sobre los edificios, como si alguien hubiese olvidado cerrar el grifo allá arriba. Las calles estaban congestionadas, y los caminantes iban a toda prisa, salpicándose mutuamente con sus botas, sus paraguas iluminados por la luz de las farolas. A lo lejos, en algún televisor, un pronosticador afirmaba que se esperaba que el aguacero durara toda la noche, y advertía a los neoyorkinos no salir de sus casas sin un paraguas, porque había una epidemia de gripe.

Mis pies se resbalaban con el fango del jardín trasero de la señora Godsent, y las botas varios números más grandes que me habían dado los Protectores no me estaban facilitando las cosas.

Me escondí entre los arbustos que, un día, yo misma ayudé a plantar, y esperé. Cuando la última luz en la vieja casa de ladrillos se hubo apagado, sentí un retorcijón en el estómago.

Estoy entrando por la fuerza en mi propia casa, pensé.

Claro, esa ya no era mi casa. Mi nuevo hogar estaba a varios milenios de distancia, pero esa *había* sido mi casa.

Allí había pasado diez años de mi vida, y ahora iba a colarme por la ventana, tal y como había hecho...

–Es la hora, Sam –dijo Ems, acucillado a mi lado. Era extraño verlo vestido así, con vaqueros y camiseta, en lugar de los trajes elaborados que usaba normalmente en Mnemosine, pero él parecía llevarse muy bien con su disfraz.

Asentí con la cabeza. Teníamos que darnos prisa, o tendríamos a todo un ejército de guerreros futuristas verificando nuestra posición. Lo último que necesitaba era que supieran lo que íbamos a hacer.

Avanzamos sigilosamente, la lluvia ahogando todo posible sonido. Una ventana se iluminó, proveniente del lavadero, y Ems me tiró del brazo, empujándome contra la pared. Una sombra de hombre pasó por la ventana, aumentó al acercarse y luego se perdió de vista, casi dándome un ataque cardíaco.

–Creí que habías dicho que nadie bajaba a esta hora –se quejó, respirando con dificultad por el susto.

–Nadie lo hacía... –murmuré a modo de excusa. Típico, diez años de rutina sin excepciones, y exactamente ese día decidían dejar la cama—. De seguro se le olvidó algo, pero será mejor ir con cuidado de todas formas.

Ems asintió, y seguimos andando, pegados a la pared y atentos a cualquier ruido proveniente de la casa. La vieja enredadera de flores color rosa estaba sujeta por una verja de hierro forjado, y pasaba justo al lado de la ventana del pasillo.

Ahora que lo pensaba, Sebastián lo había tenido demasiado fácil.

–¿Cómo piensas abrir la ventana? –me preguntó Ems.

–¿Se te olvida que viví aquí? –repliqué, ignorando la nueva punzada de culpa—. Espera en los arbustos –indiqué, mientras me acomodaba los guantes (también unas tallas más grandes) y me preparaba para subir. Me alegré

de poder quitarme las enormes botas de una vez por todas.

Él me miró, enarcando las cejas.

–De eso nada, voy contigo.

–Harás que nos descubran –dije, una mano apoyada en la enredadera y la otra en la cintura, en lo que esperaba fuera un aire terminante. Ems no sabía escalar, y mi madre me mataría si me aparecía en el castillo arrastrando su cadáver–. Por no mencionar que nuestra «misión» sería un fracaso.

Y lo admito, no quería que se lastimara.

–¡No voy a quedarme aquí a esperar! –protestó él, de brazos cruzados.

–No es negociable.

–Bien, porque pienso ir de todas formas.

Puse los ojos en blanco, y estaba a punto de replicar, cuando otra figura se apareció en la ventana. Nos pegamos contra la pared otra vez, rígidos como árboles.

–Cielo. ¿Segura que lo dejaste aquí? –preguntó una voz conocida.

–¡Claro que estoy segura, cariño, sigue buscando!

Sonreí fugazmente. Los señores Godsent vivían botando cosas, la mayoría de las cuales volvía a aparecer en el momento en el que ya no eran necesarias. Podía recordar una vez en la que habían pasado tres días buscando... Bueno, nunca supe qué era, porque jamás lo encontraron, pero supongo que ya no debía de ser importante, como probablemente dejaría de serlo al final lo que sea que estuvieran buscando entonces.

–¿Ves? No puedo quedarme aquí –alegó Ems en un susurro, sonriendo triunfante–. Si me ven, llamaran a los tipos de negro con hierros llenos de pólvora.

Puse los ojos en blanco.

–La policía, Ems, la policía. –Y yo que *había creído que Matt estaba perdido en el siglo veintiuno...*

Me obligué a alejar a Matt de mis pensamientos, ya que no ayudaba mucho en la situación en la que estaba.

–¿Sam? –me llamó, agitando una mano frente a mis ojos–. ¿Sigues allí?

Lo miré, y solté un resoplido de resignación. Tenía razón: Si lo dejaba solo, lo más probable era que los señores Godsent se aterrorizaran al tener otro intruso en su jardín.

–Vale, pero si haces el menor ruido te dejo aquí, ¿quedó claro?

–¡Por supuesto! –Parecía feliz de salirse con la suya, y algo ofendido de que dudara de sus habilidades. Ambos sabíamos que era puro orgullo, ya que los dos entrenábamos juntos.

Subí primero. La lluvia no daba ninguna señal de estar aminorando, haciendo mi ropa el doble de pesada y nuestro ascenso mucho más lento.

–Maldita sea. –Escuché mascullar a Ems. Ladeé la cabeza, casi esperando ver a los Arestes (o peor, a los Protectores) saliendo del huerto de vegetales de la señora Godsent.

–¿Qué pasa? –pregunté, aún luchando por ver algo en la tormenta torrencial.

–Esta cosa tiene espinas. Casi rompo los guantes.

Reí entre dientes, más de alivio que a modo de burla, negué con la cabeza y seguí subiendo. Era un juego de niños, comparada con la que los Protectores nos hacían subir en el entrenamiento.

Y definitivamente mejor que bajar por un rascacielos de cien pisos... ¡Concéntrate, Samantha!

Llegué hasta la ventana. De pequeña, había aprendido que bastaba con darle unos golpecitos a la parte de arriba del marco para abrirla sin necesidad de llave. –Aunque admito que Aly aprovechaba esos conocimientos más que yo.

Aly, mi mejor amiga, a quién no había visto desde aquel tormentoso cumpleaños...

Negué con la cabeza nuevamente. ¿De qué demonios servía pensar en esas cosas ahora?

Por suerte, bastó con un golpe para abrir la ventana, que debía de estar más oxidada de lo que recordaba. Levanté el cristal y asomé la cabeza: El pasillo estaba desierto, en silencio, y las luces apagadas. Me senté en el alfeizar, metí la pierna, y me di la vuelta hacia Ems.

–Sígueme –susurré.

–Y yo que tenía planeado irme de fiesta con tu abuelita...

–Solo haz lo que diga –ordené, ignorando su comentario.

Él masculló algo por lo bajo sobre verse rebajado a seguir órdenes de una niña (aunque solo era ocho años mayor que yo), pero me obedeció de cualquier manera.

–Aquí está como boca de lobo –murmuró, tan bajo que la lluvia casi ahoga su voz por completo.

–Es por aquí. –No necesitaba ninguna luz para ubicarme. Conocía ese pasillo como la palma de mi mano.

Aunque no recordaba que hubiera sido tan condenadamente largo los años que había vivido allí. La distancia a mi habitación se me hizo eterna, y cualquier ruido conseguía sobresaltarme, desde los ronquidos del señor Callaway hasta los pasos de los señores Godsent, abajo en el lavadero. Pasé frente a la habitación de Aly, y tuve que contener las ganas de abrir la puerta, solo para asegurarme de que estuviera allí. Sabía que nadie había resultado gravemente herido en la fiesta, pero revisar nunca estaba de más...

No, tenía una misión que cumplir. A eso había ido.

Me detuve frente a la vieja puerta, cubierta hasta el último rincón de calcomanías y recortes de revista. Pegué la oreja a la madera, no fuera a ser que alguien se hubiera